



Homilía deceso de don Alejandro Goic

“Cristo es mi vida”

Primera Lectura: *Flp* 1, 12-21

Salmo Responsorial: *Sal* 119, 105

Evangelio: *Jn* 14, 1-11

Queridos hermanos:

Situados en el corazón de este Año Santo, en el que somos llamados a renovar la esperanza que salva, nos convoca el Señor, Cristo resucitado, en esta Plaza que reconoce a Los Héroes de Rancagua, para celebrar la Pascua del querido obispo don Alejandro Goic, quien fuera pastor de esta diócesis por más de una década. Nos congregamos, junto a la familia de don Alejandro, para dar gracias a Dios por la vida de este apreciado pastor, pedir por su descanso eterno y renovar el don de la fe, sabiendo que ni la muerte ni la vida, ni el presente ni el porvenir, nada nos separará del amor de Dios (cf. *Rom* 8, 38).

1. En la primera lectura *San Pablo* nos da cuenta, con un realismo inaudito, del sentido más hondo de su existencia, explicando que, para él, “la vida es Cristo y la muerte una

ganancia”. Pablo, quien fuera perseguidor de los cristianos, a partir del encuentro con el Señor discernió que el sentido de la vida solo era comprensible a la luz de Cristo, quien se volvió su verdadera pasión. El apóstol experimentó la alegría de sentirse llamado por el Señor a trabajar en su viña. Pero, como él mismo confiesa, fue la gracia de Dios la que actuó en él, la gracia que de perseguidor de la Iglesia lo transformó en Apóstol de los gentiles, hasta el punto de decir: “Para mí la vida es Cristo y morir una ganancia” (*Flp* 1, 21). Sin embargo, añade inmediatamente: “Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger” (*Flp* 1, 22). San Pablo comprendió bien que trabajar para el Señor ya es una recompensa en esta tierra, una alegría y verdadera bienaventuranza. Por ello, la urgencia de la misión se convirtió en su gran pasión, proclamando, a tiempo y a destiempo el Evangelio, incluso en los lugares más inhóspitos para la fe.

2. En ese entendido comprendemos también el *salmo responsorial* que nos enseña, la Palabra de Dios es “lámpara para mis pasos, luz en mis senderos”. La luz es la primera obra de Dios creador y es fuente de la vida. La misma Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista, porque ella permite dilucidar el sentido más profundo de la existencia. A la luz del Nuevo Testamento comprendemos que, “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En su Hijo el Padre lo dice todo. No habrá otra palabra más que ésta” (*Catecismo*, n. 65). Así, la Palabra de Dios, que “es

viva y eficaz” (*Hb* 4,12), es la clave que permite comprender cada momento de la vida y de la historia del discípulo. El cristiano, particularmente el sacerdote y el obispo, sabe que su vida adquiere luz plena cuando es fecundada por la Palabra, la cual, descifra su sentido y alcances. Desde la Palabra comprendemos cada momento de la vida, el presente y el porvenir, discerniendo su significado y avanzando en el camino, conscientes que el Señor tiene una propuesta, una esperanza, un horizonte hacia el cual debemos dirigirnos.

3. El Evangelio, propone una suerte de doble mandamiento sobre la fe: creer en Dios y creer en Jesús. En efecto, el Señor dice a sus discípulos: “Crean en Dios y crean en mí” (*Jn* 14, 1). Él, con su encarnación, muerte y resurrección, nos libró de la esclavitud del pecado para darnos la libertad de los hijos de Dios, y nos dio a conocer el rostro de su Padre, que es amor. ¡Dios se puede ver; es visible en Cristo su Hijo! Por tanto, sólo creyendo en Cristo, permaneciendo unidos a Él, los discípulos, entre quienes estamos también nosotros, pueden continuar su acción permanente en la historia: “En verdad, en verdad les digo —dice el Señor—: el que cree en mí, también hará las obras que yo hago” (*Jn* 14, 12). Al respecto resulta iluminador lo que enseña san Agustín: “era necesario que Jesús dijese: Yo soy el camino, la verdad y la vida (*Jn* 14, 6), porque una vez conocido el camino faltaba por conocer la meta” (*Tractatus in Ioh.*, 69, 2). ¡La meta es el Padre Dios!

4. Estos textos nos dan luces para leer la vida de don Alejandro. Su lema episcopal: “Cristo es mi vida”, explica la motivación más honda de su existencia. En los diferentes servicios pastorales que realizó, manifestó ese corazón entregado a Cristo, dispuesto a anunciarlo y a testimoniarlo. Su largo recorrido lo llevó a servir como sacerdote de su amada diócesis de Punta Arenas, cumpliendo entre otras misiones la de Capellán de cárceles y vicario general. Fue llamado al episcopado, recibiendo la ordenación de manos de San Juan Pablo II, el 27 de mayo de 1979. Sirvió como obispo auxiliar en Concepción y después de Talca. Luego, fue llamado a presidir la diócesis de Osorno y, finalmente, esta querida diócesis de Rancagua. En estos lugares entregó su vida con extraordinaria generosidad. También en la Conferencia Episcopal cumplió diferentes servicios llegando a ser presidente de la misma, en dos periodos. Fue el primer presidente del Consejo Nacional de Prevención de Abusos y Acompañamiento a Víctimas. Somos testigos de que buscó que Cristo crezca entre nosotros, con su viva espiritualidad, su acogida extraordinaria y su consistente compromiso con los más pobres.

5. Sin duda, un sello distintivo de su ministerio fue el amor apasionado por el Señor, que lo urgía a evangelizar con el rostro vivo de la misericordia. Y este celo apostólico lo combinaba con una extraordinaria cercanía humana. Amistoso y con buen humor transparentaba un corazón de buen pastor atento a todos, conciliador y siempre dispuesto a escuchar. Lo distinguió su profética sensibilidad social, la

que era acorde con un compromiso vivo con los más postergados. Cómo no recordar su cercana compañía de quienes fueron perseguidos, especialmente en momentos complejos de nuestra historia nacional, o su propuesta del sueldo ético que nos interpeló fuertemente a todos. Para don Alejandro la preocupación por los excluidos estaba en lo más profundo de su corazón. No pocas veces, esta opción por los pobres, así como su actitud confiada hacia los demás, lo llevó a abrazar la incompreensión y el crisol de la cruz. Pero nada lo desanimaba porque la esperanza habitaba en su corazón como un don luminoso.

6. Hace unos años atrás, en el contexto de sus 30 años de episcopado, don Alejandro señalaba: “La fascinación por la persona de Jesucristo y su Evangelio ha sido esencial. Mi lema episcopal, “Cristo es mi vida”, marca mi ministerio. Es lo único que he anhelado y anhelo, más allá de mis fragilidades: que Cristo sea mi vida y el centro de todo. El amor a la Virgen María es fuente de espiritualidad. La figura de san Francisco de Asís me motiva y conmueve. El testimonio y coraje de san Alberto Hurtado es inspiración y fuerza. Y tantos hermanos y hermanas ya fallecidos y otros tantos que me animan y sostienen”. Estas palabras no solo resumen el fundamento de su vida, sino también dan cuenta que era un enamorado de Dios. Procuró en todo hacer y vivir la voluntad del Señor.

7. Queridos hermanos:

Concluyo estas palabras lleno de gratitud por el ministerio evangelizador, misericordioso y misionero de Mons. Goic entre nosotros. Le pedimos a la Virgen María, Puerta del cielo, que interceda por él ante su Hijo, Cristo el Señor, para que pueda entrar con gozo al banquete del Padre. Que el cirio pascual, encendido en esta celebración, nos recuerde la promesa del Señor: “Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre”.

8. Querido don Alejandro, sabiendo que para usted la vida fue Cristo, pedimos de corazón que la muerte sea su verdadera ganancia. ¡Descanse en la paz del Señor!


+René Rebolledo Salinas
Arzobispo de La Serena
Presidente
Conferencia Episcopal de Chile